

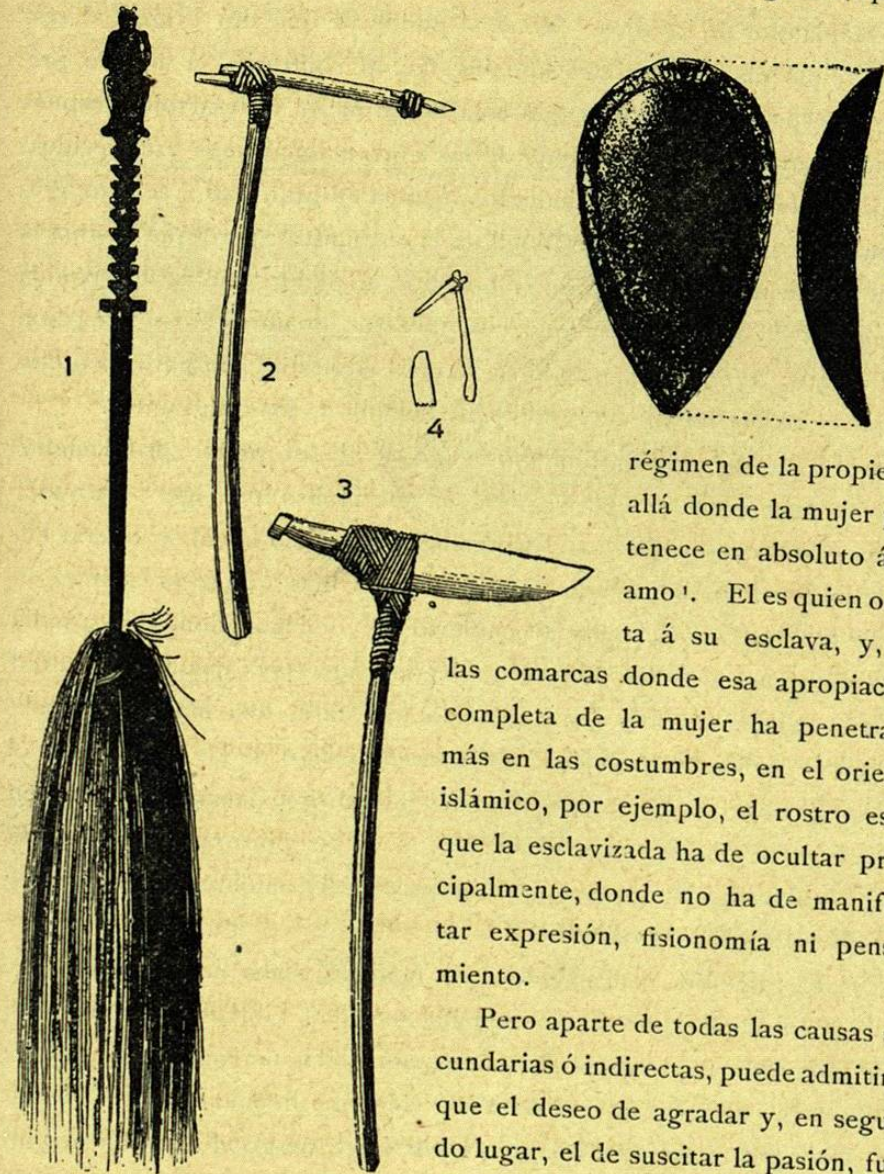
tela, sea una concha ó una verdadera caja de madera, y hasta en los cafres ricos, de marfil ó de oro<sup>1</sup>? Se comprende que en muchas comarcas de malezas espinosas, proteja cuidadosamente el habitante la parte expuesta de su cuerpo por una funda ó un paño, como llevan casi todos los pueblos salvajes; pero no pueden considerarse como un vestido protector, ni menos como un velo púdico esos adornos breves que no pueden tener otro resultado que atraer las miradas hacia los órganos sexuales: algunas franjas de color y una concha brillante atraen igualmente la atención del hombre hacia la mujer. La potencia de atracción de los sexos, el uno hacia el otro, se aumenta naturalmente en proporción de los ornamentos que ocultan y revelan al mismo tiempo el hombre á la mujer y la mujer al hombre. El pudor ha de ser vencido, y con frecuencia se realza con coquetería: es la historia de la ninfa que huye hacia los sauces, medio ocultándose á medias, quizá inconscientemente, para excitar hasta el límite el ardor del amante que la persigue.

Sin embargo, no hay un hecho de orden social que no tenga orígenes múltiples, y tal es el caso del empleo del vestido: según las circunstancias, ha podido servir para desviar la atención, mientras que comunmente sirve para fijarla, y el mundo animal nos suministra ejemplos en ambas direcciones. Si el ave se adorna para atraer la hembra, la perra se sienta, es decir, oculta su órgano sexual cuando quiere alejar el macho, es natural que la mujer se cubra también parcialmente cuando le convenga rechazar las caricias del hombre. La tendencia á vestirse provendrá también, en muchas tribus, de la repugnancia que naturalmente causa la vista de los excrementos, y que se refiere hacia la parte del cuerpo que funciona como órgano excretor. Ocúltase espontáneamente lo que pueda inspirar cierta repugnancia, y se observa, en efecto, sobre todo en Africa, donde la esteatopigia es más amplia que en ninguna otra parte, la generalizada costumbre que tienen las mujeres de cubrirse las posaderas. Por lo demás, se comprende que la vista de los órganos de manducación, boca, dientes, lengua, desgarrando y chupando las carnes, puedan causar asco también, y muchos salvajes se guardarían bien de comer en público<sup>2</sup>, quizá también para evitar que los males espíritus se aprovechen para entrar en el cuerpo. Por último, el

<sup>1</sup> Waitz et Gerland, *Ethnographie*, passim.

<sup>2</sup> P. Haan, *Bull. de la Soc. d'Anthr.* sesión 15 julio 1897.

pudor y los vestidos que impone pueden también ser originados por el



INSTRUMENTOS USADOS EN LAS ISLAS DE LA SOCIEDAD Y RECOGIDOS DURANTE EL VIAJE DE *La Coquille*, 1822-1825

- |                       |                                 |
|-----------------------|---------------------------------|
| 1. Espanta moscas.    | 4. Instrumentos para el tatuaje |
| 2. Azuela de hierro.  | 5. Vaso de madera               |
| 3. Azuela de basalto. |                                 |

completo el cuerpo, hasta no permitir que se vea—como sucede entre

<sup>1</sup> Kar von der Steinen, *Central-Brasilien*.

régimen de la propiedad allá donde la mujer pertenece en absoluto á su amo<sup>1</sup>. El es quien oculta á su esclava, y, en las comarcas donde esa apropiación completa de la mujer ha penetrado más en las costumbres, en el oriente islámico, por ejemplo, el rostro es lo que la esclavizada ha de ocultar principalmente, donde no ha de manifestar expresión, fisionomía ni pensamiento.

Pero aparte de todas las causas secundarias ó indirectas, puede admitirse que el deseo de agradar y, en segundo lugar, el de suscitar la pasión, fueron entre los primitivos las causas primeras de esa necesidad de adornos que, durante el curso de los siglos, ha creado la costumbre de los pueblos civilizados y acabado por cubrir por



las mujeres musulmanas, rodeadas de un verdadero sudario—más que el vago resplandor de los ojos. No es el pudor lo que dió origen al vestido y le dió sus dimensiones actuales, fué, al contrario, el adorno primitivo y especial del sexo lo que localizó primero y desarrolló después el pudor, evolución subsecuente de los convencionalismos establecidos. La susceptibilidad de los sentimientos, ficticia en gran parte, se hizo agudísima en virtud de la universalidad de la costumbre; pero que cambia la forma del vestido por efecto de la moda, y el pudor cambia en seguida de lugar<sup>1</sup>: la misma mujer que descubre sus hombros y su garganta en un baile, aunque guardando su natural modestia, consentiría en morir antes que presentarse así en la calle delante de los transeuntes.

Por lo demás, un sentimiento análogo al del pudor propiamente dicho se manifiesta en toda ocasión en que él uso lo exige. La mujer lengua ó botocado á quien se sorprendiera sin disco labial se creería tan deshonrada como un chambelán de nuestros días que se presentara en una fiesta oficial sin su uniforme cubierto de condecoraciones. La india de las márgenes del Río Negro, poniéndose una saya delante de Alfred Wallace, estaba tan avergonzada como lo estaría una mujer civilizada quitándose la suya en público. En el archipiélago de las Filipinas es el ombligo el centro del pudor, y no debe descubrirse jamás; así como en China es inconveniente hablar del pié, y en las pinturas decentes está siempre cubierto por el vestido; se desprecia á las mujeres que dejan ver las pantorrillas ó las rodillas<sup>2</sup>.

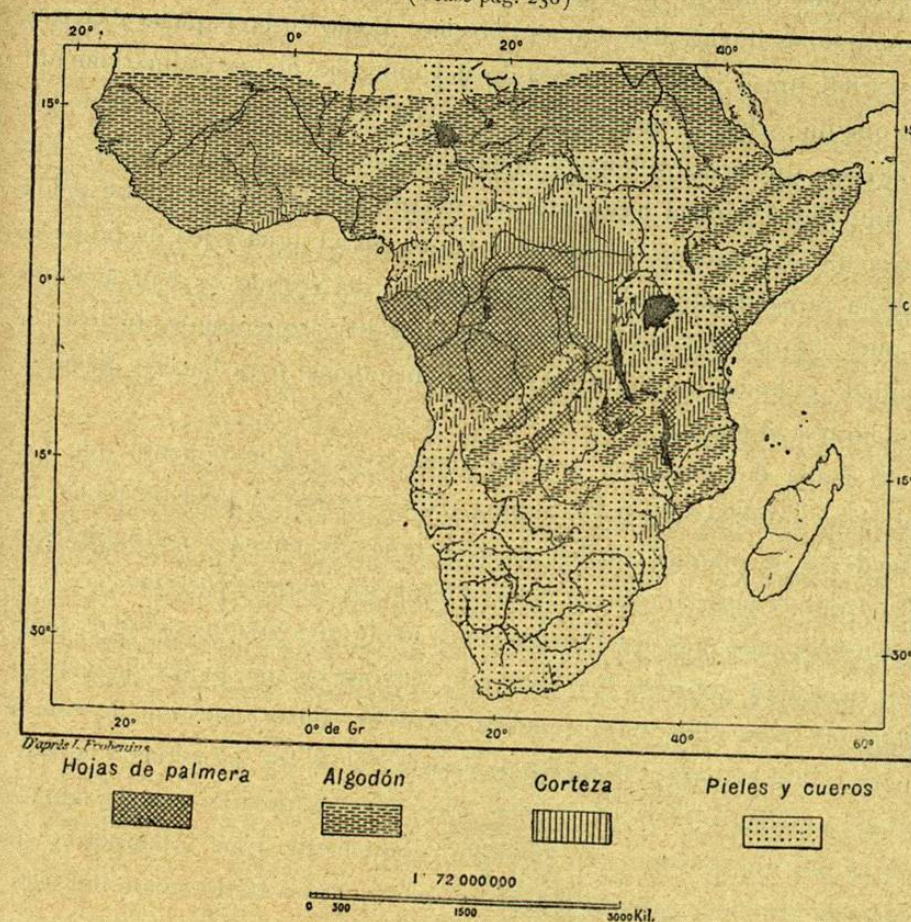
En otro tiempo, especialmente el hombre usaba adornos sexuales para embellecerse, porque en aquella sociedad violenta en que cada mujer encontraba varón que la conquistase, todas tenían la seguridad de ser esposas, en tanto que el hombre, viéndose frecuentemente adelantado por otros raptos de mujeres, corría el riesgo de quedar mucho tiempo sin compañera; necesitaba agrandar, hacerse desear á toda costa; del mismo modo que el gallo hiergue su cresta roja y ostenta su cola de plumas multicolores, así el macho humano trata de hacerse bello por medio de pinturas de ocre, de achiote, de janipabeiro, de franjas y de telas brillantes, de alas de águila, de garras de animales, de cabelleras de enemigos vencidos, de tautados y de cicatrices.

<sup>1</sup> Elie Reclus, *Notes manuscrites*.

<sup>2</sup> Havelock Ellis, *Humanité nouvelle*, 10 octubre 1899.

En la isla de Flinders, cerca de Tasmania, los naturales estuvieron á punto de rebelarse porque los ingleses les habían prohibido pintarse con ocre rojo mezclado con grasa: «¡Nos hacéis así odiosos á las mujeres!»

N.º 32. Vestidos de Africa  
(Véase pág. 230)



exclamaban los adolescentes, muertos después sin haber sido jamás sensibles á la higiene y á la limpieza, tal como lo comprendían los amos del país, en la actualidad sus únicos habitantes.

En nuestros días no es el hombre el que pone más empeño en adornarse, es la mujer, expuesta en los países civilizados, más que el varón, á llevar una vida solitaria; á ella corresponde, pues, buscar las sedas finas y delicadas, las joyas, las piedras brillantes, dedicar al tocador lar-

<sup>4</sup> Westmark, *History of Human Marriage*, pág. 192;—Ernst Grosse *Anfänge der Kunst*, pág. 94 y siguientes.



gas horas y á veces someter su cuerpo á verdaderas torturas con la esperanza de ser admirada.

Sin embargo hay circunstancias, en las que, á no dudarlo, el hombre toma vestido ó abrigo para garantizarse contra el tiempo. En las comarcas en que las lluvias abundan en extremo, como en la Papsia y ciertas partes del Brasil interior, el vestido del indígena no es ordinariamente más que un techo. Como lo ha notado von der Steinen, la fuerza de los aguaceros, que arrastra hojas y ramas desprendidas de los árboles, suele ser un peligro para el habitante que no protege su cabeza y su espalda por medio de conos de hojas sobre las cuales el agua y los despojos se deslizan rápidamente. A este origen local del vestido se han añadido después las demás causas enumeradas por los arqueólogos, incluso la vanidad: el hombre utiliza todas las circunstancias para hacerse admirar y admirarse él mismo.

El mapa de la página anterior demuestra suficientemente que los materiales no faltan en parte alguna para cubrirse; á falta de pieles de animales ó de plantas textiles, se usan hojas de palma y los habitantes del bosque ecuatorial utilizan maravillosamente simples cortezas.

En los países muy fríos, expuestos á los fuertes vientos del mar, también necesitan cubrirse los hombres: envolverse en pieles de espeso pelaje era para ellos, bajo aquellos terribles climas, cuestión de vida ó muerte. Sin embargo, la fuerza de resistencia de los indígenas á la frialdad de aquellas regiones próximas á los círculos polares ártico y antártico es tal, que pueden exponerse frecuentemente á las intemperies en estado de desnudez. No sólo parecen indiferentes á la sensación del frío, sino que se mueven cómodamente en condiciones que no tardarían en causar la muerte de un europeo. Darwin y otros viajeros han visto varias veces fueginos desnudos que caminaban bajo la nevada ó la granizada; mujeres que amamantaban sus hijos al pleno aire de invierno, sin que las criaturas pareciesen sufrir por ello, alejándose con precaución de un fuego cerca del cual unos blancos desembarcados en la costa todavía temblaban de frío<sup>1</sup>. La práctica usual, para los fueginos que han podido procurarse pieles de guanaco ú otras cubiertas calientes, es

<sup>1</sup> Ch. Darwin, *Voyage of a Naturalist round the World*.

volverlas del lado de donde sopla el viento, pero sin darse la pena de garantizar la parte del cuerpo naturalmente abrigada.

En ese caso, como respecto de las modas de los países cálidos y templados, es evidente que el pudor natural no es la causa primera de la costumbre del vestido adquirida por los hombres de los tiempos históricos. Por lo demás, el origen utilitario de los vestidos usados contra el frío no impide manifestarse los sentimientos de coquetería; los efectos son los mismos que respecto de los vestidos procedentes de otro origen. Los jóvenes groenlandeses, por ejemplo, saben dar un aspecto muy elegante á sus pantalones bordados, á sus chaquetas, botas y capuchas con flecos de color, y además han podido, en los lugares no gobernados por los misioneros, conservar ligeros adornos tatuado sobre la barbilla, las mejillas y las manos. Los esquimales del Alaska occidental, entre los cuales hay ciertas tribus particularmente coquetas, saben también componer sus trajes de piel de pelo y de colores variados, cuyo conjunto alcanza un aspecto perfectamente artístico.

Pero con vestidos aceitosos, difíciles de obtener, á la vez preciosos y duraderos, es imposible conservar limpio el cuerpo. Es seguro que los pueblos desnudos, considerados en general, son mucho más escrupulosos, en cuanto á la higiene de su piel, que los pueblos vestidos. En las futuras edades de razón, la limpieza será el adorno por excelencia.

